



Por esas vueltas de la vida, hacia finales del ochenta se visitamos la casa de don Roberto Parra—en la calle Serrano, por San Pablo para abajo—con el Wily Semler y la María Izquierdo, para hacer el contacto inicial de lo más tarde llegaría a ser "La Negra Ester", obra que al decir de los entendidos ha revolucionado el teatro chileno, unido a otras opiniones de afiebrado entusiasmo. Todo lo cual apenas si hace justicia al talento mérito de los actores y a la excelente dirección de Andrés Pérez. Porque lo cierto es que La Negra la cogió, tiene de todo: buen teatro, humor, circo, mucho de magia, drama y, esencialmente, raíces.

Para los compadres de los grupos "Callejeros" que inicialmente se unieron para echar a andar el proyecto, La Negra era un reto importante, según expresiones recogidas de ellos mismos, a su tiempo. Lo cierto es que en trabajos previos, co-

mo "Todos estos años" o "En la Luna",—ambas dirigidas por el Wily, creo—ya se evidenciaba una propuesta teatral muy renovada. Es decir, que la revolución del teatro venía gestándose hace tiempo y tal vez la crítica especializada—siempre provinciana para aceptar las vanguardias—ni lo cachaba, o por lo menos no se había dejado estremecer con suficiente rigor frente al fenómeno. Cualquiera fuera el caso, simplemente ¡ya era hora!

UN CABALLERO MUY CHILENO

Don Roberto Parra es un sujeto aparte. Hermano de la célebre Violeta y Nicanor, a quienes él muy humildemente resalta como los únicos dignos de elogio en la familia, es un "caballero", muy chileno. Un caballero y un trovador del Chile cierto—no el de las postales ni de la tele—que cuenta apasionadamente, y con

maestría en el manejo de las décimas, sus amores con una "chimbiraca" del puerto de San Antonio: la Negra Ester.

Durante los años cincuenta don Roberto recorría bares, restaurantes, casas de putas y otras picas, con su guitarra y voz. Era un trovador inquieto, lleno de ideas y sueños, apegado a ese bajo fondo—perdón, "underground" creo que se dice hoy en día—duro y amargo del Chile que más nos cuesta ver...

En los años sesenta Angel e Isabel, los hijos de la Viola, lo hicieron popular por sus cuecas choras, y todo el mundo aprendió a identificarlo como "el tío Roberto", autor de "El Sacristán vivaracho" y "La gata con permanente" entre otras. Grabó, y fue famoso en momentos cuando todo hacía presumir que nos íbamos encontrando cara a cara con nosotros mismos, sin sentirnos abohornados ni empuquetecidos por la experiencia. También grabaron Los Chilenos y se conocieron las cuecas del Tuerto Nano, se supo del Rafucho y el Poillito—acordeonista de cuecas—, todos del sector de la Vega o Estación Central, choros de verdad algunos, de nutrido pronuario policial otros, o sea, muy vinculados al "underground" santiaguino.

Aun cuando la masa llegó a identificar a don Roberto como el más vivo exponente de la "cueca chora"—elevada a nivel de moda por ese entonces—él nunca fue un choro de los "heavy's", más bien era un aficionado al jazz, un incansable buscador de nuevas formas de expresión en la música popular de su tiempo. Gracias a su talento natural—de Parra—supo interpretar sus vivencias en el código poético de la cueca urbana, recogido en su bagaje por los bajos fondos.

MAESTRO CHASQUILLA

Cuando el reinado de la tarjeta postal se dejó caer implacable sobre la cultura chilena, don Roberto asumió—para bien o para mal, con altos y bajos—los mil oficios del Maestro Chasquilla para hacer posible la subsistencia, suya y de su familia. Otros cantores de cuecas choras con menos posibilidades que don Roberto de ser aceptados por la academia local como "trouvadors", terminaron definitivamente en casa o bien perdidos en el campo, olvidados entre los pestilentes aires taiwaneses que barren hoy por hoy los boiches de la Vega Central.

Don Roberto "el Chasquilla", también se ha caído al frasco y hastado la marginalidad de los nuevos tiempos, pero su inagotable afán por comunicar, decirnos cosas del Chile oculto, lo llevaron a escribir ese alocinante testimonio en verso, que él tituló "Décimas de la Negra Ester" que hoy se ha convertido—al menos va para allí—en un clásico del teatro.

No ha necesitado de universidades francesas para recibirse de "trouvador chillen", ni mayor contacto con los ingleses para ser un caballero de lo más distinguido, él es simplemente un creador del "underground" chileno que habita una modesta vivienda construida por sus manos. Fue necesario acudir hasta allí, al final de la calle San Pablo, para "descubrir" el mundo de don Roberto Parra, el autor de una corriente musical que él denomina "jazz guachaca, cero pifia". Entre pintar murallas, acarar ladrillos, arreglar cañerías y desperfectos eléctricos le ha alcanzado el tiempo hasta para escribir un hermoso cuento: "Entre Luche y Cochaayo", que sería un acierto indiscutido llevado a la historieta, o el "comic", que le dicen.

En una ocasión, conversando de esto y lo otro con don Roberto, coincidimos en que este país no tiene respeto por las expresiones verdaderamente populares, y que los artistas que no cuentan con recursos mínimos están condenados a morir en el anonimato.

"En el barrio alto—me decía—cuando uno va a trabajar de "chasquilla" hay señoras que lo llaman "hombrecito"... ¡Oiga hombrecito haga esto o aquello!". El lo dice con naturalidad, sin resentimientos, su dignidad y caballerosidad le impiden referirse al hecho en otros términos. No sin embargo no puede dejar de reflexionar al respecto, imaginándose que alguna señora muy encopetada haya llamado de esa manera a don Roberto Parra. Se me hace imposible resistir la tentación de recurrir a licencias de pseudo-intelectual progresista—con aspiraciones pequeñoburguesas—para exclamar categóricamente que algún día ¡nín gna vieja culid se atreva a decir le "hombrecito" a maestro chasquilla alguno! Ni menos a usted don Roberto, que es de lo más grande...

"La Negra Ester" ha abierto una puerta importante para que nos encontremos con el "underground chileno", ahora hay que cruzarla.